

Nicolái Gógol

El inspector

Comedia en cinco actos

Traducción y notas de José Laín Entralgo



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Revizor*

Primera edición: 2009

Segunda edición: 2022

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y notas: Herederos de José Laín Entralgo

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2009, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-1148-063-5

Depósito legal: M. 23.382-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

El inspector

- 10 Personajes
- 11 Caracteres y trajes

- 15 Acto primero
- 43 Acto II
- 71 Acto III
- 103 Acto IV
- 153 Acto V

Apéndices

- 183 Fragmento de una carta, escrita por el autor a un literato después del estreno de *El inspector*
- 191 A la salida del teatro después de un estreno
- 255 Advertencias a los que quieran representar como es debido *El inspector*

No eches la culpa al espejo si te ves feo.
(Dicho popular)

Personajes

ANTÓN ANTÓNOVICH SKVOZNIK-DMUJANOVSKI, Corregidor.
ANNA ANDRÉIEVNA, su mujer.
MARÍA ANTÓNOVNA, su hija.
LUKÁ LÚKICH JLÓPOV, inspector de escuelas.
SU MUJER.
AMMÓS FIÓDOROVICH LIAPKIN-TIAPKIN, juez.
ARTEMI FILÍPPOVICH ZEMLIANIKA, curador de establecimientos de
beneficencia.
IVÁN KUZMICH SHPEKIN, Jefe de Correos.
PIOTR IVÁNOVICH DÓBCHINSKI } terratenientes vecinos
PIOTR IVÁNOVICH BÓBCHINSKI } de la ciudad.
IVÁN ALEXÁNDROVICH JLESTAKOV, funcionario de San Petersburgo.
OSIP, su criado.
CHRISTIÁN IVÁNOVICH HIEBNER, médico del distrito.
FIÓDOR ANDRÉIEVICH LIULIUKOV } funcionarios retirados,
IVÁN LÁZARIEVICH RASTAKOVSKI } personas de consideración
STEPÁN IVÁNOVICH KOROBKIN } en la ciudad.
STEPÁN ILICH UJOVÉRTOV, comisario de policía.
SVISTUNOV }
PÚGOVITSIN } policías.
DERZHIMORDA }
ABDULIN, comerciante.
FEVRONIA PETROVNA POSHLIÓPKINA, cerrajera.
MUJER DEL CABO.
MISHKA, criado del Corregidor.
CRIADO DE LA FONDA.
INVITADOS E INVITADAS, comerciantes, gentes del pueblo, solici-
tantes.

Caracteres y trajes

Observaciones para los señores actores

EL CORREGIDOR es un hombre que se ha hecho viejo en el servicio; a su modo, no tiene un pelo de tonto. Se deja cohechar, pero se comporta muy dignamente. Bastante serio, incluso algo sentencioso. Su voz no es ni muy alta ni muy baja, no habla mucho ni poco. Sus facciones son ásperas y duras, como ocurre a todo aquel que ha empezado la carrera desde los puestos más modestos. Pasa con bastante rapidez del miedo a la alegría y de la altanería a la bajeza, como persona que es de groseras aficiones. Viste de uniforme, con botas altas y espuelas. Pelo corto y entrecano.

ANNA ANDRÉIEVNA, su mujer, es una coqueta de provincias, que todavía no ha llegado a vieja, educada a mitad entre novelas y álbumes, mitad entre las preocupaciones de la despensa y las criadas. Curiosa, vanidosa si viene al caso. A veces se impone a su marido por la sola razón de que éste no sabe qué contestarle; pero su poder no va más allá de las menudencias y se reduce a censuras y burlas. Cambia cuatro veces de traje durante la representación de la obra.

JLESTAKOV es un joven de unos veintitrés años, delgado, flaco, algo simple, un cabeza de chorlito, uno de esos a los que en las oficinas públicas llaman hueros.

Habla y se mueve sin pensarlo lo más mínimo. Es incapaz de concentrar la atención en una idea. Habla con frases cortas, las palabras brotan de sus labios del modo más inesperado. El actor encargado de este papel ganará tanto más cuanto más sinceridad y sencillez ponga. Vestido a la moda.

OSIP, el criado, es tal y como de ordinario son los criados entrados ya en años. Serio en el hablar, mira algo hacia el suelo. Es sentencioso. Le gusta pronunciar para su colete sermones destinados al amo. Su voz, casi siempre equilibrada, cuando habla con el amo adquiere una expresión severa, se hace dura, ronca y hasta grosera. Es más inteligente que su amo, por lo que se da cuenta antes que él de las cosas, pero no le gusta hablar mucho. Engaña en silencio. Viste una levita, ya gastada, gris o azul oscuro.

BÓBCHINSKI y DÓBCHINSKI son ambos achaparrados, bajos de talla, muy curiosos, y guardan un parecido extraordinario. A ambos empieza a apuntarles el vientre, ambos hablan muy deprisa, gesticulan y se valen extraordinariamente de las manos al hablar. Dóbchinski es un poquitín más alto y serio que Bóbchinski, pero Bóbchinski es más desenvuelto y vivo que Dóbchinski.

LIAPKIN-TIAPKIN, el juez, es un hombre que habrá leído cinco o seis libros, por lo que goza de fama de librepensador. Muy aficionado a las conjeturas, y debido a esto da importancia a cada una de sus palabras. El actor debe conservar siempre su aire de gravedad. Habla con voz profunda, alargando las palabras, con un ronco silbido, como el reloj viejo que antes de dar las horas deja oír sus chirridos.

ZEMLIANIKA, *curador de establecimientos de beneficencia, es un tipo muy gordo, de movimientos torpes, pelo socarrón, y ladino. Muy servicial y siempre atareado.*

EL JEFE DE CORREOS *es un hombre simplón hasta la ingenuidad. Los demás papeles no necesitan de explicaciones. Los originales casi siempre se tienen a la vista. Los señores actores deben fijarse particularmente en la última escena. La última palabra debe producir una sacudida eléctrica simultánea en todos. El grupo entero debe cambiar de posición en un abrir y cerrar de ojos. Las exclamaciones de asombro deben oírse en todas las mujeres a un tiempo, como si salieran de un mismo pecho. Si estas indicaciones no se observan, puede perderse todo el efecto escénico.*

Acto primero

Habitación en casa del Corregidor.

Escena primera

EL CORREGIDOR, EL CURADOR DE ESTABLECIMIENTOS DE BENEFICENCIA, EL INSPECTOR DE ESCUELAS, EL JUEZ, EL COMISARIO DE POLICÍA, EL MÉDICO, DOS GUARDIAS.

CORREGIDOR

Les he hecho venir, señores, para comunicarles una noticia desagradabilísima. A nuestra ciudad va a venir un inspector.

AMMÓS FIÓDOROVICH

¿Cómo un inspector?

ARTEMI FILÍPOVICH

¿Qué es eso de un inspector?

CORREGIDOR

Un inspector de San Petersburgo. Viene de incógnito y con instrucciones secretas, por añadidura.

AMMÓS FIÓDOROVICH

¡Atiza!

ARTEMI FILÍPPOVICH

¡Como si no tuviéramos ya bastantes quebraderos de cabeza!

LUKÁ LÚKICH

¡Dios mío! ¡Y además con instrucciones secretas!

CORREGIDOR

Parece que lo presentía. Toda la noche he estado soñando con dos ratas enormes. En mi vida las había visto igual, eran negras, fenomenales. Se acercaban, husmeaban un poco y se iban. Les voy a leer una carta que he recibido de Andrei Ivánovich Chmijov; usted, Artemi Filíppovich, lo conoce. Oigan lo que dice: «Querido amigo y compañero (*Masculla a media voz, recorriendo rápidamente la carta con los ojos.*)... y poner en tu conocimiento». ¡Aquí está! «Me apresuro, además, a poner en tu conocimiento que ha llegado un funcionario con la orden de inspeccionar toda la provincia, y sobre todo nuestro distrito (*Levanta significativamente el dedo.*). Lo sé de muy buena tinta, aunque él se hace pasar por un particular. Como sé que tú, lo mismo que todos, tienes algún pecadillo, porque eres listo y no te gusta dejar escapar lo que se te viene a las manos...» (*Pausa.*), bueno,

aquí todos somos de confianza... «te aconsejo que tomes medidas de precaución, puesto que puede llegar ahí en cualquier momento, si es que no ha llegado ya y vive en cualquier sitio de incógnito... Ayer yo...» Siguen cosas familiares: «Mi hermana Anna Kirílovna ha venido con su marido. Iván Kirílovich ha engordado mucho y sigue tocando el violín...», etc., etc. Así están las cosas.

AMMÓS FIÓDOROVICH

Sí, eso es algo extraordinario, lo que se dice extraordinario. No viene así porque sí.

LUKÁ LÚKICH

¿Y a qué se debe esto, Antón Antónovich? ¿Para qué viene ese inspector?

CORREGIDOR

¿Para qué? Se ve que es nuestro sino. (*Suspira.*) Hasta ahora, gracias a Dios, habían ido a otras ciudades; ahora le habrá llegado la vez a la nuestra.

AMMÓS FIÓDOROVICH

Se me figura, Antón Antónovich, que la causa es de índole delicada y más bien política. Esto quiere decir que Rusia... sí... que Rusia quiere hacer la guerra, y el Ministerio envía a un funcionario para que se entere de si hay alguna traición.

CORREGIDOR

¡Se le ocurren a usted unas cosas! ¡Parece mentira que sea un hombre inteligente! ¡Traición en nuestra ciu-

dad! ¿Es que está en la frontera? Si de aquí puede ir tres años al galope sin llegar a otro país...

AMMÓS FIÓDOROVICH

No, permítame que le diga que usted no... usted no... Las autoridades superiores hilan muy fino, y aunque la ciudad está lejos, no la pierden de vista.

CORREGIDOR

La pierdan o no la pierdan, ya están enterados, señores. Ténganlo presente. Por lo que a mí se refiere, ya he tomado algunas medidas. Les aconsejo que hagan otro tanto. Sobre todo, usted, Artemi Filíppovich. No cabe duda de que ese funcionario que va a venir lo primero de todo mostrará deseos de inspeccionar los establecimientos de beneficencia que de usted dependen. Preocúpese, pues, de que todo ofrezca un aspecto decente: que los gorros de dormir estén limpios y que los enfermos no parezcan herreros, como ocurre de ordinario.

ARTEMI FILÍPPOVICH

Eso no es problema. Se les podrán dar gorros limpios.

CORREGIDOR

Conviene también que en la cabecera de cada cama esté escrito en latín o en algún otro idioma... eso es cosa suya, Cristián Ivánovich, el nombre de la enfermedad, cuándo se puso enfermo cada uno, el día y la fecha... Y no está bien eso de que sus pacientes fumen un tabaco tan fuerte. Cuando uno entra allí, siempre

siente ganas de estornudar. Lo mejor de todo es que viera el menor número posible de enfermos: de lo contrario, podría atribuirlo a la mala dirección o al poco arte del médico.

ARTEMI FILÍPOVICH

¡Oh! En lo que se refiere al tratamiento, Cristián Ivánovich y yo hemos tomado nuestras medidas: cuanto más cerca esté el enfermo de la Naturaleza, tanto mejor. No empleamos medicamentos caros. La persona humana es un ser muy sencillo: si se muere, se muere, y si se cura, se cura. Además, que a Cristián Ivánovich le resultaría difícil explicarse con los enfermos, pues no sabe ni una palabra de ruso.

(CHRISTIÁN IVÁNOVICH *emite un sonido intermedio entre la «i» y la «e».*)

CORREGIDOR

A usted, Ammós Fiódorovich, le aconsejaría que se preocupase del juzgado. En la antesala, donde de ordinario se recibe a la gente, los guardias tienen gansos con sus crías, que se meten entre los pies. Es muy loable esa preocupación por la hacienda doméstica, y los guardias hacen muy bien en criar gansos, mas en un sitio así resulta inconveniente... Siempre quería decírselo, pero se me olvidaba.

AMMÓS FIÓDOROVICH

Hoy mismo mandaré que los lleven a la cocina. Si quiere, venga a comer a casa.

CORREGIDOR

También está mal eso de que en el juzgado tropiece uno con toda clase de porquerías. Encima del armario de los papeles hay una fusta de caza. Sé que a usted le gusta cazar, pero mejor sería que la tuviera recogida hasta que el inspector se vaya. Después puede hacer lo que quiera. Y su asesor... cierto que se trata de un hombre muy enterado, pero despide un olor que parece como si acabara de salir de una destilería. Tampoco eso está bien. Hace tiempo que se lo quería decir, pero se me fue el santo al cielo con otras cosas. Hay remedios para quitárselo, si es verdad lo que él dice, que ese olor lo tiene desde pequeño. Podría aconsejarle que comiese cebolla o ajo, o algo por el estilo. Cristián Ivánovich le puede proporcionar algún medicamento.

(CHRISTIÁN IVÁNOVICH *emite el mismo sonido de antes.*)

AMMÓS FIÓDOROVICH

No es imposible quitárselo. Según dice, cuando tenía unos meses, la niñera se lo dejó caer al suelo, y desde entonces huele algo a vodka.

CORREGIDOR

A eso es a lo que me refería. En cuanto a la buena marcha de su oficina y a lo que Andréi Ivánovich califica de pecadillos, nada puedo decir. Incluso resulta extraño hablar de eso. No hay persona que no haya cometido algún pecado. Así lo tiene Dios dispuesto, y no importa que los volterianos digan lo contrario.

AMMÓS FIÓDOROVICH

¿Qué entiende usted por pecadillos, Antón Antónovich? Hay pecadillos y pecadillos. Yo no me retraigo en decir que acepto presentes, pero ¿de qué presentes se trata? De galgos jóvenes. Eso es completamente distinto.

CORREGIDOR

Tanto da que sean galgos como otra cosa. Todo es cohecho.

AMMÓS FIÓDOROVICH

No, Antón Ivánovich. Por ejemplo, si alguien le regala a usted un abrigo de pieles de quinientos rublos, o un chal para su esposa...

CORREGIDOR

¿Y qué importa que usted no acepte más que galgos jóvenes? En cambio, no cree en Dios. Nunca va a la iglesia. Yo soy firme en las cuestiones de la fe, y voy a la iglesia todos los domingos. Pero usted... Ya le conozco, ya: cuando empieza a hablar de la creación del mundo, se le ponen a uno los pelos de punta.

AMMÓS FIÓDOROVICH

Son cosas a las que he llegado con mi propia cabeza.

CORREGIDOR

En todo caso, tener mucha cabeza es peor que no tener nada. Por lo demás, el juzgado del distrito no me preocupa mucho. A decir verdad, no creo que nadie se

decida a pasar por allí. Es un lugar envidiable, el mismo Dios lo protege. En cambio, usted, Luká Lukich, como inspector de escuelas que es, debe preocuparse muy mucho de los maestros. Son gente de estudios, claro, se han educado en muchos colegios, pero tienen a veces unas cosas la mar de raras, que parecen como si fueran consubstanciales con ellos. Uno, por ejemplo, ése de cara ancha... no recuerdo cómo se llama, cuando entra en la clase hace una mueca. Así (*Hace una mueca.*), y luego empieza a alisarse la barba sacando la mano por debajo de la corbata. Claro que si le pone esa cara a un alumno, el mal no es grande; posiblemente sea algo necesario, yo no soy quién para decidir. Pero juzguen ustedes qué ocurrirá si mira con esa cara a un visitante. Esto puede acarrear muy graves consecuencias. El señor inspector o cualquiera otro lo pueden tomar como una ofensa. El diablo sabe hasta dónde podría llevarnos.

LUKÁ LÚKICH

¿Y qué medidas me aconseja usted que adopte con él? Ya le he hablado varias veces. Hace unos días entró en la clase el mariscal de la nobleza del distrito, y él puso una cara como nunca se la había visto antes. Sus intenciones eran buenas, pero a mí me costó un rapapolvo, porque, me dijo, se quería convertir a los jóvenes en librepensadores.

CORREGIDOR

También debo llamarle la atención sobre el maestro de Historia. Se ve que está enterado y que tiene unos co-

nocimientos muy profundos, pero se apasiona tanto en las explicaciones, que pierde hasta la noción de sus actos. Cierta vez le estaba yo oyendo. Mientras habló de los asirios y babilonios, aún podía pasar, pero al llegar a Alejandro de Macedonia, no sé qué ocurrió. ¡Creí que se quemaba el edificio! Salió al centro del aula y con todas sus fuerzas dio con una silla contra el suelo. Naturalmente que Alejandro de Macedonia es un héroe, pero ¿para qué romper las sillas? Lo único que resulta son perjuicios para el fisco.

LUKÁ LÚKICH

Sí, se apasiona mucho. Varias veces se lo tengo dicho, pero él se limita a responderme: «Como quiera, por la ciencia estoy dispuesto a dar hasta la vida».

CORREGIDOR

Sí, tal es la inexplicable ley del destino: el hombre inteligente, o es un borracho o saca una cara que escandaliza a todo el mundo.

LUKÁ LÚKICH

No deseo a nadie que se vea entre gentes con estudios. Todos se meten por medio. Todos quieren demostrar que también ellos son inteligentes.

CORREGIDOR

Eso no sería nada. ¡Maldito incógnito! ¿Y si cuando menos lo pensamos asoma las narices? «¡Ah, están ustedes aquí, amigos! ¿Quién es el juez?» «Liapkin-Tiapkin.» «Venga aquí Liapkin-Tiapkin. ¿Y quién es el

El inspector

curador de establecimientos de beneficencia?» «Zemli-
nika.» «Venga aquí, Zemlianika.» Eso es lo malo.

Escena II

Dichos y el JEFE DE CORREOS.

JEFE DE CORREOS

Explíquenme, señores. ¿Quién es ese funcionario que
va a venir?

CORREGIDOR

¿No se ha enterado usted?

JEFE DE CORREOS

Sé lo que me ha dicho Piotr Ivánovich Bóbchinski, que
acaba de pasar por la estafeta de Correos.

CORREGIDOR

Y bien, ¿qué opina usted de esto?

JEFE DE CORREOS

¿Qué opino? Que vamos a tener guerra con los turcos.

AMMÓS FIÓDOROVICH

¡Precisamente! Eso mismo había pensado yo.

CORREGIDOR

Pues los dos se equivocan de medio a medio.

JEFE DE CORREOS

Le digo que va a haber guerra con los turcos. La culpa la tiene el francés, que lo enreda todo.

CORREGIDOR

¡Déjeme de guerras con los turcos! La pagaremos nosotros, sí, pero no los turcos. Es cosa que ya se sabe. He recibido una carta.

JEFE DE CORREOS

En tal caso, no habrá guerra con los turcos.

CORREGIDOR

Y dígame, Iván Kuzmich, ¿cómo se encuentran sus asuntos?

JEFE DE CORREOS

¿Los míos? ¿Y los suyos, cómo están, Antón Antónovich?

CORREGIDOR

No puede decirse que tenga miedo, pero así, así, un poco... Me preocupan los comerciantes y la gente del pueblo. Se quejan del trato que se les da, aunque la verdad es que si les he sacado algo ha sido sin malas intenciones. Incluso pienso (*Lo coge del brazo y se lo lleva aparte.*), incluso pienso si no habrá de por medio alguna denuncia. De lo contrario, ¿por qué va a venir un inspector? Óigame, Iván Kuzmich, ¿no podría usted, para el bien de todos nosotros, abrir con mucho cuidado todas las cartas que pasen por su estafeta, lo mismo